

dia en que Luisa vertiera la primera lágrima por vos, era el último de vuestra vida. Me prometisteis cuanto quise, y al día siguiente contásteis á vuestra amada nuestra conversacion.

—Pero... dijo el conde como queriendo evadirse de aquel importuno.

Este continuó:

—Dejadme hablar, no penseis en escaparos sin oirme, he callado durante mucho tiempo, y tengo necesidad de que me escuchéis. Al saber Luisa lo que entré nosotros habia pasado temió por vuestra vida, y de una manera todo lo mas delicada posible, me hizo que me alejara de su casa. Así lo hice y durante estos tres años, os he seguido paso á paso en toda vuestra carrera amorosa y política. Interin Luisa ha ignorado todo, y vos habeis seguido cumpliendo como debiais, nada he dicho.

—Acabemos de una vez, gritó el conde haciendo un esfuerzo; ¿qué es lo que deseais, quereis oro?

—¡Oro!... dijo el desconocido con amargo desden, ¿de qué me serviría el oro?... Os cansó Luisa, y la dejásteis sola con su deshonra, se presentó en vuestra casa á pedir pan para su hijo, y lo rechazásteis brutalmente, y aun me ofrecéis oro á mí, á mí, á quien vuestra vida le parece poco para lavar el daño que me habeis hecho.

—Qué quereis decir?

—Que he venido á mataros, contestó Antonio con una calma terrible.

—A matarme!

—Sí; os lo anuncié, la primera lágrima de Luisa era vuestra sentencia de muerte.

—Entonces para qué me habeis salvado la vida de los asesinos que querian arrebatármela?

—Porque queria ser yo quien tuviera esa dicha.

—Luego tan decidido estais?

—Sí; y ya que sabeis todos los motivos y mis deseos, creo

que ahorraremos palabras inútiles y lucharemos hasta que uno de los dos quede en este sitio.

La plaza de Oriente no era entonces lo que es hoy.

Ni jardines, ni las casas que constituyen hoy la manzana del teatro Real, se veían aun.

Escombros, casucas de mal aspecto y medio ruinosas era lo único que se miraba por aquellos alrededores.

El sitio solitario y sombrío, el alumbrado pobre y mezquino, y la noche oscura y lluviosa, todo era á propósito para lances como el de que nos ocupamos.

El conde vacilaba todavía.

El jóven sacó una espada del baston que le habia servido para castigar á los asesinos, y dirigiéndose á su adversario, le dijo:

—Poneos en guardia, porque os aviso que aunque tenga que cruzaros el rostro para abligaros á batiros, lo haré.

—Oh! nunca, miserable! gritó el conde á quien este insulto llenó de furor.

Las espadas se cruzaron, y durante algunos momentos no se oyó mas que la agitada respiracion de los combatientes, y el choque estridente del acero contra el acero.

Despues se escuchó un ¡ay! lastimero, y tras este el rumor sordo que produce la caída de un cuerpo.

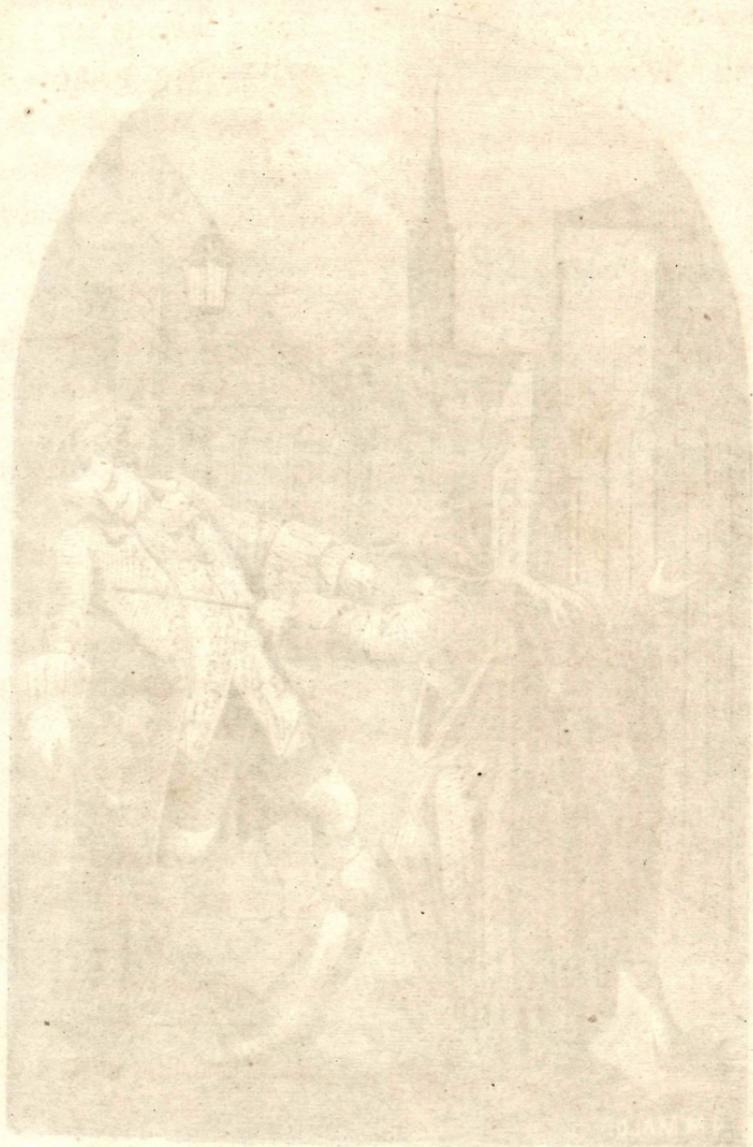
En seguida, el que habia quedado en pié contempló algunos momentos al caído, y exclamó con un acento indefinible:

—Dios te haya perdonado todo el daño que has hecho.

Casi al mismo tiempo, un alcalde de casa y córte, seguido de su cohorte de corchetes, desembocó por la calle de la Bolá y se dirigió hácia el sitio del combate.

El que habia quedado vivo, echó á correr con direccion á la calle de Santiago.

La ronda tropezó con el cadáver, y al ponerle el farol en



— 111 —



—Morid como caballero, ya que habeis vivido como villano.

el rostro para reconocerlo, el alcalde y los alguaciles arrojaron un grito de sorpresa, diciendo:

—Ah! qué desgracia! y qué dirán SS. MM. cuando lo sepan.

Inmediatamente se dieron á correr en todas direcciones, por si acaso podian encontrar al culpable, pero todo fué en vano; nadie se encontró por aquellos alrededores que pudiera escitar sus sospechas.

III.

«El campillo de Manuela» no formaba una calle todavía en la época que vamos hablando.

Era una especie de hondonada, donde se alzaban algunas casas solitarias.

En una de ellas se veia una muestra sobre la puerta de entrada.

Era la «taberna del Manquito.»

Desde tiempo inmemorial, la propiedad de aquella taberna habia venido de padres á hijos, y la muestra habia seguido siempre igual, aunque la mayor parte de sus poseedores no habian sido mancos.

La noche en que pasaron los sucesos anteriores, la taberna contenia mas concurrentes que de ordinario.

Las cuatro piezas de que se componia el figon estaban completamente obstruidas.

Artesanos de todas especies y alguna que otra ave de mal agüero, vulgo alguaciles, componian aquella multitud.

En cada mesa habia una conversacion especial, y otra en cada grupo.

Sin embargo, aunque con variantes casi en todas conversaciones, se oia jugar el nombre de D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Cualquier persona que se dedicase á observar con detencion toda la gente que penetraba en la taberna, veria que multitud de ella estaba un rato por las habitaciones, y que despues desaparecia sin saber cómo ni por dónde.

Estas observaciones debieron hacer sin duda dos hombres, que á juzgar por sus trajes, pertenecian al gremio de cortantes de la muy heroica villa, pero que al reparar en sus manos finas y blancas, y en cierto no sé qué especial, se comprendia que podia aplicárseles con bastante opurtunidad aquel refran de «El hábito no hace al monje.»

—No habeis reparado, decia uno de ellos concluido de desocupar un vaso de lo tinto de Arganda, que muchos de los que entran desaparecen sin que se les vea salir?

—Sí, contestó el otro; y no os estrañe, porque bajo el piso en que estamos hay habitaciones subterráneas que esta noche descubriremos.

—Nosotros!... dijo un si es no es asustado el primero que habia hablado; pues si lo mas que estamos por estos contornos serán unos veinte ó veinte y cinco.

—Es que ahora pediremos tropas, pues yo no he venido aquí mas que para cerciorarme de que esta noche tenian reunion.

—Esa es otra cosa.

Y tras estas palabras, nuestros dos personajes se levantaron, y el uno de ellos cruzó una mirada de inteligencia con otro que habia en otra mesa.

Salieron á la calle, y atravesando hondonadas y barrancos llegaron á la plaza de Anton Martin.

Un carruaje se veia parado en ella.

Los dos desconocidos entraron en él, y una voz dijo al lacayo:

—A escape á la casa del principe de la Paz.

IV.

Volvamos á la taberna.

Atravesemos resueltamente las cuatro habitaciones.

En el rincon de la última de ellas veremos en corredor oscuro que tiene una escalera que conduce al piso principal.

Sigamos el corredor adelante, y en el fondo de él nos encontraremos una puerta.

Apretemos de cierta manera un boton que hay en la pared.

La puerta gira sobre sus goznes; franqueémosla y estaremos en otro corredor tan oscuro como el anterior.

Cuatro manos robustas cogerán las nuestras, y oiremos en nuestro oido una voz contenida que dice «España».

Contestemos nosotros «Libertad» y las manos nos conducirán hasta otra puerta. Sigamos bajando unas veces, subiendo otras, y dando vueltas y revueltas nos encontraremos en un salon abovedado donde se hallan reunidas unas cien personas de diferentes clases y condiciones; el pueblo se hallaba allí representado en todos sus diversos escalones, sin llegar á la aristocr cia; desde el mísero peon hasta el caballero de la clase media, se veian en grupos hablando acaloradamente.

En el fondo del salon habia una mesa.

Sobre ella se veian dos luces y unos evangelios.

Septados ante ella se veian cuatro personas que representaban perfectamente las personas allí reunidas.



El uno era un maestro carpintero, el otro un tendero de ropas hechas de los portales de la calle de Toledo, el otro un sacerdote, y el último un médico.

Entre los cuatro habia un asiento desocupado.

El médico tocó una campanilla, y tras algunos instantes de confusion, quedó la asamblea en un silencio completo.

—Hermanos míos, dijo con una voz que á pesar de lo contenida que estaba, se oyó perfectamente en todos los ángulos de la estancia; nuestra reunion de esta noche tiene un carácter mas grave que todas las anteriores; de nuestra resolucion de esta noche depende la felicidad del pueblo para el porvenir, ó su desgracia eterna.

A estas palabras siguió un silencio sepulcral.

Todo el mundo esperaba con ansiedad lo que iba á decir el médico. Este continuó así:

—En ausencia de Alejandro, nuestro digno presidente, tengo yo que hablaros á fin de ponerlos al corriente del objeto de nuestra reunion. Hace quince años que un hombre noble, generoso y honrado, un hombre que colocó la nacion á una altura como no habia estado hacia mucho tiempo, fué depuesto para que le sucediese otro no menos honrado y leal, que á los pocos meses tuvo que dejar su lugar á un favorito venal y corrompido. El primero era el conde de Floridablanca, el segundo el conde de Aranda, y el tercero D. Manuel Godoy. Ya hacia tiempo que el pueblo miraba con disgusto la marcha de los negocios del Estado, y recordaba con sentimiento aquel buen monarca que se habia sacrificado por la paz y el bienestar de sus súbditos.

Toda la asamblea callaba como si fuera un solo hombre.

El orador se interrumpió algunos instantes para tomar aliento.

Al cabo de ellos, prosiguió:

El nuevo ministro no nos era desconocido. Desde simple

guardia de Corps merced á influencias desconocidas, ó mejor dicho á influencias que no son para manifestarlas en este sitio, ascendió á grande de España de primera clase, á general mas tarde. y á sucesor de Floridablanca, y Aranda despues. Algunos buenos ciudadanos se reunieron entonces en este mismo sitio, y resolvieron formar una junta para observar la marcha del nuevo secretario del despacho, no fué esto señores lo que sucedió?

Toda la reunion pronunció un «sí» sonoro y retumbante.

El que tenia la palabra prosiguió:

—Desde entonces acá, nuestra reunion se ha ido creciendo, se ha ido desarrollando, y cada cuartel de Madrid tiene su junta especial que recibe las órdenes de la junta general, á la cual me honro de pertenecer. Al ensancharse nuestro círculo. necesitabamos una cabeza inteligente que nos dirigiese; vacilabamos, y no sabiamos á quien elegir, entonces se presentó Alejandro. ¿Quién era este hombre? nadie lo supo, nadie lo sabe, nadie lo sabrá tal vez. Quien quiera buscarlo á las nueve de la mañana, lo encontrará en el meson del Tuerto en la calle de Toledo, ayudando á los vinateros de Arganda y Valdepeñas á desenganchar sus mulas, ó á los corsarios valencianos á descargar sus carros, si á las dos de la tarde, lo vereis en las gradas de san Felipe ó en la puerta de Guadalajara paseando con lo mas noble de la corte, y si por la noche, en el teatro de los Caños del Peral, ó en el corral del Príncipe, hablando familiarmente con el embajador de Inglaterra, ó con el mismo príncipe de la Paz. No hay fiesta en la corte, no hay baile de manolas en Lavapies, en que no se encuentre Alejandro, y entretanto mientras que él conoce á todo el mundo, nadie le conoce á él, he dicho mal, todo Madrid le conoce pero nadie sabe lo que es. Me he estendido tanto sobre este particular, porque esta noche es menester que recopilemos todos los acontecimientos de la vida de nuestra asociacion para tomar la resolucion definitiva á que nos han traído las circunstancias.

El médico volvió á detenerse algunos momentos para tomar aliento.

Nadie en la asamblea decia una palabra.

Todos esperaban impacientes el final de aquel exordio.

—He dicho que cuando vacilabamos en la eleccion de la cabeza que nos habia de dirigir se presentó Alejandro; algunos de los presentes recordarán la estraña manera de presentarse que tuvo. Estavamos diciendo en este mismo sitio, á quien elegiremos por nuestro presidente «cuando una voz contestó. «A mí.» Todos nos volvimos y una persona estraña se presentó á nuestra vista. Todos nos lanzamos á castigar al audaz, pero su actitud firme y resuelta nos contuvo; entonces nos dijo que él tenia motivos poderosos para ser nuestro presidente, motivos que solo revelaria á cinco de nosotros nombrados por todos los miembros de la sociedad. Yo tuve la honra de ser uno de esos elegidos, y yo despues de haberle escuchado fui el primero que digo. «Sí, señores, es digno de ser nuestro presidente. Alejandro fué elegido. Desde entonces no hemos tenido que arrepentirnos de haber depositado en él nuestra confianza. Cien veces ha salvado á la sociedad de...

—Y ahora la salvará tambien, gritó en esto una voz varonil que se oyó en la puerta que daba al subterráneo.

Todas las cabezas se volvieron hacia aquel sitio.

Y todas las bocas pronunciaron un solo nombre.

—Alejandro!

—Sí, Alejandro, exclamó este, Alejandro que mientras vosotros os entreteneis en charlar haciendo apologías que no son de este momento, ha tenido que hacer que se asusten los caballos del director de policia para que tengais tiempo de escaparos.

—Pues qué ocurre? preguntaron cien voces á la par.

—¿No escuchais el ruido que hay en la taberna? pues son dos compañías de soldados que vienen á auxiliar á cincuenta esbirros que quieren hacernos pagar harto caro el conspirar contra el príncipe de la Paz.

—¿Es cierto?

—Sí amigos míos, y por ahora es lo mas prudente marcharse.

Y dirigiéndose á un ángulo de la estancia tocó un resorte y una puerta oscura dió paso á una bóveda mas oscura todavia.

Cuatro linternas se encendieron inmediatamente y aquellos

hombres que tan tranquilos estaban momentos antes, empezaron á desaparecer por las sombrías bóvedas.

Entre tanto Alejandro, cogió los dos candeleros, entregó los evangelios á otro, arrojó las sillas y la mesa á un rincon, y dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado, quitó una enorme tranca que la defendía por dentro, y en dos brincos se puso al otro lado del boquete por donde habian desaparecido sus compañeros.

La puerta secreta, giró sobre sus silenciosos goznes, y quedó aquella abertura completamente oculta al ojo mas perspicaz.

Ya era tiempo.

Instantáneamente el subterráneo se llenó de soldados y alguaciles que miraron á todas partes con asombro, y despues de registrar minuciosamente las paredes, se convencieron de que habian llegado tarde.



CAPITULO II.

El Marqués de la Vega encuentra dos amigos de sus mismas ideas.—Una alta señora se ocupa de una pobre jóven.—Un rapto en 1808.

I.



STAMOS en palacio.

Pero no en el palacio de nuestros días.

Hoy es un solitario edificio donde esceptuando los días de besamanos ó capilla pública, no se ven mas que los porteros, los empleados del Ministerio de Estado ó los de la Intendencia y mayordomia de la Real Casa.

En 1808 era una cosa muy diferente.

Las galerías estaban llenas constantemente de cortesanos, verdadera polilla de los palacios.

Los patios se veían ocupados por los Sres. guardias cuyas espuelas resonaban aiosamente sobre el embaldosado pavimento.

Y de vez en cuando por entre aquellos grupos de militares y cortesanos se deslizaba alguna que otra dama, que apesar de lo que se recataba el rostro, no podía evadirse de la lluvia de requiebros conque la rociaban los caballeros por cuyo lado pasaba.

Mil curiosas miradas se fijaban en la escalera que conducía á la portería de damas, hasta que la causadora de aquellas flores, y de aquellas miradas, desaparecía seguida de sus dueñas por los revueltos tramos de ella.

Y allí se fraguaban intrigas políticas, y se combinaban mil empresas amorosas.

Y de allí también salían desafíos, y partidas de caza para los montes del Pardo.

Tal era el alcázar de Madrid en la época en que vamos hablando.

En las primeras horas de la noche en que han pasado los sucesos anteriores dos caballeros se paseaban por una de las antecámaras del régio edificio.

Tanto en estas como en las galerías, como en los patios se advertía una animación estraña.

Disputas acaloradas, palabras un tanto enérgicas, ó plácomes y enhorabuenas era lo único que se oía.

El nombre de el *Príncipe de la Paz*, se escuchaba repetido muchas veces por aquella multitud.

Los dos caballeros de que anteriormente hemos hablado se ocupaban también del asunto que por lo que se ve, era la cuestión del día.

—Conque mi querido Baron, decía el mas anciano de los dos, parece que la estrella de nuestro jóven guardia, amengua de día en día.

—Phe! contestaba el otro, y eso que ha tenido la gran ventaja de no ser desagradecido con sus buenos amigos.

Y el Baron dirigía una maliciosa mirada á su interlocutor.

—Dios quiera, contestó este, que siempre siga así, ¿y qué

ha sido lo que ha hecho con vuestra posesion del Peñascal, señor Baron?

—Erigirla en Marquesado, y darme para mí, y para mis descendientes el título de marqués; por supuesto que no ha hecho otra cosa mas que justicia, pues mis ascendientes...

—Sí, sí, contestó con ironía el mas anciano de los dos caballeros, respecto á los ascendientes degémoslos donde están, demasiado sé yo que fueron gente muy nobilísima.

—Y á vos, señor conde, que justicia os ha hecho el favorito, preguntó el baron.

—Casi nada, abonarme los daños y perjuicios que en el año 1776 me causó el populacho cuando el motin de Esquilache, ya sabeis que hacia mucho tiempo que se habia formado el espediente.

—Sí, y el conde de Floridablanca, os lo negó bajo el frivolo pretexto de que era injusto.

—Pero felizmente su sucesor, ha tenido mejor talento, y mejores cualidades para gobernar.

—¿Y quién sería capaz de dudar de eso, amigo mio? repuso con un acento irónico el Baron.

—Quien ha sacado buena astilla ha sido el marqués de la Vega.

—No se nada, ¿qué le han dado?

—Ahí es una friolera; por ahora la intendencia general de la Isla de Cuba, con un año de término para ir á tomar posesion de su destino, sin que esto sea obstáculo para que deje de percibir su sueldo.

—¿Qué estais diciendo?

—La verdad, amigo mio, la verdad.

—Pero eso es un escándalo, ese ministro no sabe lo que hace ¿Quién es el marqués para desempeñar un cargo tan elevado? repuso el varon sin poder disimular su cólera.

—Nada querido Baron, no puede compararse con vos por ningun estilo, vos, la hubieseis desempeñado, infinitamente mejor, pero, lo cierto es que él se la ha llevado.

—¿Y quién os ha dicho que yo habia solicitado ese puesto?